



"Souks" en FEZ
MARRUECOS FRANCÉS

Foto aqilas PAYSSE y JONES

→
en
sp

FORZOSAMENTE he de calificar de romántica a esta vida inquieta y agitada, que se desarrolló casi entera bajo los signos de Marte y de Minerva; en lucha continua contra flogones de carne y hueso, y contra molinos de viento; ennoblecida por ideales ejecutivos y exigentes y remansada en amplios oasis de estudio y de creación literaria. Verdad es que, primer actor en un ambiente indócil e inseguro, atravesado por corrientes de odios inapagables y de rivalidades sin perdón, hubo forzosamente de defenderse y de defender sus ideales con las mismas armas con que fueron atacados. Desde nuestra realidad cívica y social de hoy, son poco comprensibles esos hombres violentos, apasionados, indomables, que llenaron de gestos y protestas viriles la última mitad del siglo pasado. Hay que cerrar los ojos y lanzarse sin vacilaciones en la sonora y confusa realidad de entonces para que emerjan íntegros con su estatura normal, como grandes peñascos en redor de los cuales las olas rugen y se despedazan. No sé si ellos, adaptados a semejantes circunstancias habituales, se dieron cuenta del volumen histórico que adquirirían, acrecentado por el espolazo violento de la adversidad que parecía perseguirlos pero que en el fondo perseguían. Pero contemplados desde nuestra serenidad de ahora cobran proporciones heroicas, prestigios legendarios y alimentan en nuestra imaginación interesantes ejemplos que la marcha inexorable del tiempo contribuye a esquemmatizar, recondicionándolos en unas cuantas líneas vigorosas y expresivas que adquieren la sólida arquitectura de las estatuas.

Alberto Palomeque nos ofrece un retrato bastante exacto del Acevedo Díaz de la tempestuosa juventud. "Lo conocí un día — dice — en la Universidad vieja, con motivo de uno de mis viajes desde Buenos Aires, en 1872. En el claustro de ese establecimiento le oí hablar con un amigo mío. Discutían sobre historia y tenía fama ya de conocer a fondo esa materia. Usaba entonces una melena criolla y unos cuellos altos, muy abiertos. Su voz ronca y su actitud altanera me impusieron. Mi espíritu quedó cautivado ante aquella figura romántica por excelencia, en la que veía al hombre futuro, capaz de afrontar las mayores responsabilidades.

No tenía esa altanería juvenil surgente de la infatuación de quien recién nutre su cerebro y ya se cree un intelectual de primera magnitud. No; su altanería física no era el resultado de su soberbia ideal. Era un exterior natural, heredado puede decirse. Lo mismo habría existido a no tener imaginación de poeta aquel cerebro. No lo extrañen: Acevedo Díaz no ha escapado a la regla general, pues ha hecho sus versos. Con el tiempo algo ha alojado aquella cabeza erguida. Ya no está tan echada hacia atrás ni tan levantada como entonces. Ahora la tiene más inclinada hacia un lado, aunque siempre conservando aquella voz bronca, ahuecada, aquel dedo erguido de profeta inspirado cuando habla a la multitud pendiente de sus palabras calientes y entusiastas. Es un gran talento literario dentro de un organismo que alguien creería de compadrito. Aquella parada, aquella melena, aquella resuelta actitud, aquella misma pobreza que ha rodeado su existencia, como la de tantos otros, en un país donde el talento y la honradez no dan fortuna, me eran simpáticos y me seducían. A su fama de erudito en historia se unía su reciente campaña revolucionaria de 1870 en el ejército de Timoteo Aparicio. Este reivindicaba entonces libertades públicas que el caudillo una vez endiosado y mimado entregaba a los pies de un mal ciudadano. Con aquel caudillo había servido Acevedo Díaz. Como era de esperarse, en su exterior revelaba la soberbia de la juventud que había realizado hazañas, corrido aventuras, sufrido hambre y sed por sus ideas y por sus hermanos. Era uno de los soldados de las "revindicaciones históricas", como entonces se decía. Traía en su mente un tesoro de observaciones recogidas durante esas travesías revolucionarias. Había conocido la grandeza del paisaje, sus hombres, sus costumbres, sus dolores, sus tristezas, sus alegrías y sus miserias. Y todo eso le serviría para describir y pintar en sus libros grandilocuentes la majestad de nuestra tierra, con coloridos que nadie ha superado en su carácter, ni antes ni después, hasta nuestros días".

Acevedo Díaz nació en la Unión el 20 de abril de 1851 de una familia adicta al general Oribe. Hizo sus estudios en la Universidad de Montevideo, pero hubo de interrumpir la carrera de Derecho que había comenzado para enrolarse en las filas de Timoteo Aparicio cuando éste a la cabeza del partido blanco se rebeló contra el Presidente Lorenzo Batlle. Terminada la guerra se dedicó por entero a la política y al periodismo político, fundando "La República", diario de poca difusión como todos los de aquella época, pero escrito en lenguaje violento y altisonante como que estaba destinado a soliviantar los espíritus. Más

tarde figuró en las redacciones de "El Estudio de Defensa Libre" y en "La revista uruguaya" orientando irresistiblemente estas publicaciones bajo el impulso de su robusta personalidad. Resultado de su propaganda fué su destierro del país en compañía de otros distinguidos ciudadanos. Cuando estalló la revolución llamada "Tricolor", Acevedo Díaz estaba entre los revolucionarios, los que perseguidos por las fuerzas de Latorre y Timoteo Aparicio hubieron de refugiarse en el Brasil. De allí volvió a la Argentina y se radicó en Dolores. Retornó al Uruguay poco después pero habiendo incurrido en la misma conducta de siempre uno de sus artículos en "La Democracia" provocó un segundo destierro, éste mucho más prolongado que el primero. De Dolores se trasladó a Florencio Varela en donde desempeñó durante varios años el cargo de Inspector de Escuelas, que hizo pasable su vida y la de su familia — pues se había casado con una distinguida dama argentina — y más tarde a La Plata. De allí no volvió hasta 1895, fundando inmediatamente "El Nacional", con el cual hizo una de las campañas periodísticas más sensacionales que se recuerdan en la historia del país, y que dió por resultado, en primer término, el estallido de la revolución nacionalista encabezada por Diego Lamas y Aparicio Saravia, y después el asesinato del Presidente Idiarte Borda el 25 de agosto de 1897. Hecha la paz, Acevedo Díaz se convirtió en uno de los más prestigiosos personajes de su partido y del país, pero la elección presidencial de 1903 había de divorciarlo definitivamente de sus correligionarios y de la política. Inmediatamente de ser electo el

intervino en forma tan decisiva en nuestros acontecimientos políticos hasta el punto de haber torcido dos veces el curso de nuestra historia, en 1897 y en 1903, y que fué el escritor más terruñero, autóctono, nacional que ha existido hasta el presente, hubo de pasar la mayor parte de su vida alejado de su país, arrastrando bajo otros cielos su profundo cariño, su devoción siempre encendida, su tristeza irredimible, condenado como los héroes antiguos por una divinidad inexorable o por un hado fatal, a suspirar inútilmente por la posesión de un bien del que había hecho la razón primordial de su existencia.

Sin necesidad de recurrir al criterio de Taine, inspirado en un rígido concepto determinista, se impone la explicación de la obra literaria de Acevedo Díaz como consecuencia de la intervención decisiva de algunos factores históricos y de ambiente, sin los cuales ella sería incomprensible. Fuera de lo que cada hombre trae en sí, fuera de aquello de que es único portador, único mensajero, no pueden desdénarse las circunstancias, el medio social y hasta el medio físico en que se mueve. Después de un largo estudio de su vida y de su obra, he llegado a la convicción de que en Acevedo Díaz había, ante todo y sobre todo, un temperamento político. Recordando las páginas de sus novelas, que lo

fuera su verdad. Por eso su vida entera fué una constante inquietud, una perpetua disputa contra sus enemigos y contra sus amigos, una rebeldía perenne y sistemática contra algo, contra realidades y contra quimeras, contra hombres y contra fantasmas. Alguien dijo alguna vez que todos los orientales habían sido soldados y periodistas. Evidentemente esta sentencia es la exageración de una verdad. Pero ella parece haber sido inspirada por la personalidad brillante e inquieta de Acevedo Díaz, el cual encarnó en toda su magnitud semejante síntesis, desde que fué soldado y periodista siempre, emparentando de tal modo ambas actividades desde su punto de partida hasta sus efectos, que bien puede decirse que llegaron a constituir, a lo largo de su vida, la misma actividad única. La pluma y la espada fueron para él dos instrumentos semejantes para alcanzar el mismo ideal, que manejó con igual audacia y desenvoltura y que le proporcionaron las mismas glorias y amarguras, éxitos y desencantos.

Actuando en un ambiente desorbitado, se desorbitó él también, y de ahí que dilapidara sin prudencia ni contralor la gran riqueza de su espíritu, que como todo tenía fin. La suya fué la tragedia de muchos en estas tierras nuevas tan bien clasificadas por la agudeza de Ortega y Gasset. Los hombres se dedican a demasiadas cosas para poder vivir, se multiplican y se anulan porque las grandes causas son implacables con quienes no se entregan absolutamente a ellas. La improvisación y la superficialidad son nuestras características, impuestas inexorablemente por las circunstancias. Acevedo Díaz fué escritor — y eso es lo único que me interesa en la presente ocasión — sólo cuando las circunstancias no le permitieron ser un político o un periodista. Por eso mismo, es muy probable que no lo recordáramos hoy como tal, si en vez de haber sido desterrado en dos ocasiones a la Argentina, hubiera permanecido siempre en su país, en medio de la sonora tromba de la lucha que tanto amaba. La casi totalidad de sus novelas, y sobre todo las mejores, las escribió en el destierro, en Dolores, en Florencio Varela o en La Plata, para entretener sus ocios y recordar su tierra nativa, que en él fué obsesión casi enfermiza, casi patológica, como la que esos hombres adictos hasta la muerte sienten por la mujer que los desprecia o hace sufrir. Rodeado de sus afectos familiares, en la tranquilidad de aquellas localidades pacíficas que surgían recién del humus rico de la pampa, para llenar horas grises e juveniles Acevedo Díaz tomó la pluma y escribió sus novelas a las cuales llevó intacto sus amores y sus odios políticos. Lejos del terruño, vivía en el terruño, sumido en él en la imaginación y en la memoria, llenos los ojos de sus paisajes que en la lejanía cobraban mayor nitidez y encanto. Los libros de su historia, viejos cronicones de la época heroica de la independencia, apollillados y modestas gacetas, decretos, partes, mensajes, cartas, de todo se acumulaba sobre su mesa de trabajo y desbordaba en sus bibliotecas. A pesar de su cultura europea, de su constante contacto con novedades científicas y literarias, de su curiosidad siempre en hervor y en guardia, en sus novelas no figuran sino paisajes del Uruguay, evocaciones y descripciones de su Uruguay. Por eso puede afirmarse que Acevedo Díaz fué el primer escritor nacionalista, en el sentido literario, de nuestra historia. Antes que él no hubo novelista, ni después de él hubo quien recogiera su herencia, ya que Javier de Viana debe ser clasificado entre los costumbristas, a novela histórica nacional surgió y murió con él, y nadie ha sido capaz de resucitar más tarde el género, lleno de acechanzas y peligros y que obliga a largos y penosos trabajos de documentación que no siempre fructifican. Esa posición privilegiada hace que su personalidad siempre viviente emerja alta y solitaria en el campo de nuestras letras como una montaña aislada en un cinturón de llanuras, y que no sea posible tentar la empresa de escribir una historia literaria de nuestro país sin hacerle en ella el lugar que le corresponde, un ancho sitio en el que puedan brillar sus originales excelencias y sus característicos defectos, que unas y otros son imprescindibles y le dan fisonomía propia e inconfundible, sabor particular y gloria imperecedera.

Alberto LASPLACES.



(Fragmento

del libro

"Nuevas

Opiniones

Literarias", de

reciente

aparición).

ñor Batlle y Ordóñez, Acevedo Díaz se alejó del Uruguay para no volver ya. Desde entonces hasta su muerte, ocurrida en 1924, desempeñó cargos diplomáticos en Estados Unidos, México, Cuba, Argentina, Paraguay, Italia, Suiza, Brasil y Austria Hungría. Un silencio enorme, no levantado aún, cayó sobre su nombre, y los que en un momento lo endiosaron elevándolo hasta la cúspide de la popularidad, renegaron después de él atadamente. Su dedicación a la diplomacia en el ocaso de su vida tumultuosa y atormentada, fué una especie de nuevo, melancólico y definitivo destierro de su patria, a la que amó con tan apasionado afecto. Así fué como este hombre que

muestran en su faz literaria — salvo "Brenda" y "Soledad" — es fácil extraer de sus tramas y de su desarrollo, el propósito fundamental que les dió vida. Hay en ellas ciertas preocupaciones evidentes, mantenidas desde el primer capítulo hasta el último, que lo descubren sin esfuerzo ante el menos despierto de sus lectores. Quizá esa sea una de las razones por las cuales las novelas de este escritor no hayan alcanzado el renombre que se merecían por sus quilates literarios y la excelencia de sus reconstrucciones históricas.

Nacido para el combate, influido soberanamente por la época post-romántica, impulsado por ásperez deseos de venganza, y heredero de una tradición familiar filij, Acevedo Díaz fué siempre, por inclinación natural y por impulso de la voluntad, un hombre de lucha, un conductor de muchedumbres de los que no se resignan jamás a un papel pasivo o a una actuación de segunda fila. Dotado de un amor propio inmenso, nunca pudo admitir que la razón no fuera su razón, que la verdad no

FOSFORXAL



Cerca de Mostaganem.



Fez. Ciudad árabe.

F E Z



Fez. Entrada a una mezquita.

"El coche siempre subía por el camino que continuamente daba vueltas y hacia el lado de la colina que bajaba la vista se perdía ya entre zonas llenas de arbustos ya entre extensos trigales, con las casuchas de los trabajadores apenas diferenciadas por su sombra del color rojo de la tierra. De Ifrane hacia Fez continuamos por un camino que de tal tenía tan sólo el nombre y al cabo de algunos kilómetros estábamos en un valle frío, desértico, sin una mata de hierba, situado en lo alto de las montañas; y había aparecido el Atlas gigantesco con sus laderas onduladas y llenas de colores que nos acompañaba ya.

Del desierto donde no se veía ningún signo de vida pasamos a una zona llena de arbustos, siempre plana; se había ocultado el sol, estábamos en esa semi luz del caer de la noche y tras una vuelta del camino se pierde la zona áspera e inhospitalaria y aparece un valle sereno con un lago en el centro, lago rodeado por álamos: el camino bajaba hacia él, lo rodeaba, y allá en la colina que subía la vertiente opuesta veías una casita blanca, tibia; era pasar de las tinieblas a la luz, del frío al calor. El hombre se perdía y quedaba la naturaleza con toda su maravillosa gama de colores y proporciones. Todo era silencio, y tengo la seguridad de que la mañana debía despertarse al sentir el cantar de los pájaros".

... (Fragmento de un diario de viaje. —Biskra, marzo 9 de 1938).

Fez, capital norte del Marruecos árabe tiene su barrio indígena de civilización secular a cinco minutos de auto de la ciudad moderna francesa. La Medina o ciudad árabe, situada en una colina ideal, rodeada y atravesada por arroyos, perforada por corrientes de agua subterráneas que al salir a la superficie en las fuentes sabiamente dispuestas producen un permanente murmullo.

Sus "souks" o cañes mercados, plagados de comercios minúsculos zonizados por clases y con sus talleres a la vista donde trabajan estos magníficos artífices y artistas que son los árabes, capaces de animar con los elementos más simples las formas más áridas.

Los franceses, notables colonizadores, han tenido la sabiduría de separar completamente la ciudad europea de la antiquísima ciudad árabe, evitando así la confusión y mezcla de elementos arquitectónicos provenientes de dos civilizaciones distintas. Parque regado por múltiples corrientes de agua y embellecido por árboles de distintas coloraciones une las dos ciudades. Una de ellas con todos los elementos necesarios de la edad actual, sus calles hechas para el tráfico de automóviles, sus casas de apartamentos de muchos pisos, cines, zonas de habitación moderna, la residencia del gobernador militar y su centro formado por el palacio de gobierno, bancos y correo. La otra, con sus callejuelas a la escala del hombre y del pequeño asno que le transporta todos sus productos, las mezquitas, sus calles cubiertas, las fuentes y hasta el "marché des pousses" donde venden productos viejos y usados.

Es así que se ha conservado puro este rincón del mundo donde la obra del hombre ha sabido ponerse a tono con la naturaleza magnífica.

Arquitectos.

M. PAYSSE REYES G. JONES ODRIOZOLA.

L'IMPERATRICE JOSEPHINE "EMPERATRIZ AMERICANA" SEGUN DAMASO LARRAÑAGA

EL interesante documento que reproducimos, fué dirigido a D. Francisco A. Vidal, Secretario de Estado en los departamentos de Gobierno y Relaciones Exteriores, y firmado por Dámaso A. Larrañaga, y proviene de una colección particular. Agradecemos a su dichoso poseedor el habernoslo cedido tan gentilmente.

De acuerdo a la fecha de este documento, han transcurrido nueve años desde que Dámaso Larrañaga fué designado Vicario Apostólico, con independencia de toda otra jefatura extranjera.

Gregorio XVI ha querido por este nombramiento, separar e independizar a la Iglesia Oriental de la Diócesis de Buenos Aires. Desde 1837, el Papa elevó a Larrañaga a la dignidad de Protonotario Apostólico.

Desde esta alta posición eclesiástica, Dámaso Larrañaga asegura al Ministro de su incumbencia, que tratará de evitar e impedir "los casos de bigamia que se han notado en toda la República".

"A este vicariato apostólico sólo le consta oficialmente por la Curia eclesiástica,

de dos expedientes de esta naturaleza. En ellos por lo que aparece no ha habido complicidad por parte de los Vicarios ni de los Notarios: todo ha dependido de la mala fe y perjurio de los contrayentes y testigos, lo que en el día no es raro en todos los tribunales, y será cada vez más frecuente mientras nuestros legisladores no hallen el tiempo necesario para reglamentar los principios generales de nuestra Constitución".

Para el protonotario apostólico, la razón de hecho que pueda provocar tales infracciones en las leyes eclesiásticas y sociales, no es nada menos que: "la entrada libre en toda la República Oriental... de todos los individuos de las naciones sin excepción alguna. Nuestra población es ya una masa heterogénea de todos los pueblos. Unos individuos vienen de países en que, a pesar de todos sus progresos, le es permitido al marido vender en mercado público a su consorte. Otros vienen de países en que se recibió con el mayor entusiasmo el Código Napoleón..."

Para el moralista religioso, los casos de bigamia, provienen sobre todo de la extrema libertad de conciencia acordada, bien injustamente sin ninguna duda, en los países "donde es frecuente ver la Santa Biblia en manos de los impíos detestables y antisociales, y libros de Voltaire y de Rousseau..."

La conclusión de principios es para nuestro eclesiástico, que el crimen de bigamia tiene por causa primordial, la lectura de Voltaire y de Rousseau.

Dámaso Larrañaga anticipa sobre la famosa canción:

"Es la culpa de Voltaire"
"Es la culpa de Rousseau".
que labios incrédulos canturrean aun en nuestros días.

La reprensión del Protonotario Apostólico, con fecha 20 de setiembre de 1841, tiene para un francés interés particular.

No es acaso sorprendente descubrir, bajo la pluma docta y moral del santo varón, amigo y corresponsal de sabios como Humboldt, Cuvier y Geoffroy Saint-Hilaire, una expresión inesperada relativa a Josefina de Beauharnais, emperatriz de los franceses por su matrimonio con Napoleón.

Después de zaherir al Código Napoleón, que mantenía por interés propio el divorcio votado el 20 de setiembre de 1792, Dámaso Larrañaga reprocha al Emperador Napoleón el haber, "por una princesa austriaca, repudiado a la Emperatriz Americana, (nuestro ornamento y el suyo), a quien cabía gran parte de su gloria y celebridad".

Es, a nuestro juicio, una exageración, y un error geográfico, el atribuir a Marie-Joséphine-Rose Tascher de la Pagerie, llamada simplemente Josefina, primera esposa de Napoleón I^o, el apelativo de AMERICANA porque haya nacido en Trois-Ilets, perteneciente a la isla Martinica.

La Martinica, la Guadalupe, perlas de las Antillas y todo el rosario de islotas pertenecientes a los ingleses, portugueses y franceses, que separan el Mar de las Antillas del Océano Atlántico, no fueron jamás, — que nosotros sepamos, — considerados como americanos.

El conjunto de estas islas, es considerado por los ingleses, WEST INDIA ISLANDS, simplemente así porque Cristóbal Colón al abordarlas el 1 de junio de 1502, en su cuarto viaje, creyó haber tocado en islas del Océano Indico.

Los diputados de la Asamblea Constituyente, cuando los largos debates sobre la cuestión colonial, se refirieron siempre a las islas, y los franceses cuando no las designan nominalmente, Santo Domingo, Guadalupe o Martinica, continúan diciendo: "Las islas... maderas de las islas... plantación de las islas..."

Comunmente se habla en Europa de las dos Américas, Norte y Sur, y se omite sin razón la tercera, la América Central. Es lógico excusarse ante Guatemala, Honduras, Nicaragua, y otras repúblicas, sin por eso conside-



Dámaso Larrañaga (1771-1841).

rar como americanas a las pequeñas Antillas.

Al calificar a Josefina de Emperatriz Americana, Dámaso Larrañaga espera más sentimentalmente que geográfica o históricamente, probar su admiración y simpatía por la víctima del repudio imperial y del divorcio, contra el cual la Iglesia siempre se ha opuesto categóricamente.

En cuanto a la criolla martinicana, es hacerle un honor exagerado, y poco merecido sobre todo, de ver en ella el ornamento de la América del Sur y del Centro, y menos aún de una parte del reino de Napoleón.

El imperial divorciado ha infringido bastantes agravios a su mujer Josefina, — viuda alegre de Beauharnais, general republicano del Ejército del Rhin, muerto sobre el cadalso el 23 de junio de 1794, — pero este matrimonio no le ha procurado, il s'en faut, una perfecta felicidad doméstica.

La bella, elegante y dulce criolla, "or-na" el matrimonio del General Bonaparte, — seis años éste menor que ella, — con dos hijos de su primer marido, Hortense y Eugène de Beauharnais, pero también "or-na" menos lindamente la frente del vencedor de Italia y del Emperador, con los atributos más vulgares, y ridículamente llevados, por los maridos engañados.

El gran patriota y virtuoso sacerdote que era Larrañaga, no estaba, en la época, bien informado sobre la conducta de su "Emperatriz Americana". Los rumores de las infidelidades de Josefina hacia sus dos

maridos, no eran advertidos en la apacible chacra del Miquelete.

Si la historia tiene su pudor, como dice Lamartine, ella no sabría ser cómplice de mujeres que carecen de él.

La dulzura y la indulgencia evangélica de Larrañaga han podido, — si él ha conocido las aventuras amorosas de la divorciada, — mal que le pese, — hacerle perdonar todo; pero él está menos autorizado para afirmarle a su Ministro de Gobierno y de Relaciones Exteriores, que el vencedor de Austerlitz y el hombre del Código Civil, debe a su mujer adúltera "una gran parte de su gloria y de su celebridad". Ahí el sabio hace más que exagerar: se equivoca.

Si Dámaso Larrañaga hubiera podido conocer el documento al cual nos vamos a referir, publicado mucho después de su muerte, habría encontrado un argumento de peso en favor de la "americana" emperatriz de los franceses.

En enero de 1794, Alejandro de Beauharnais es encarcelado como sospechoso: Josefina es también detenida el 20 de abril y encerrada en la prisión de los "Carmes" en donde se encontró con la bella e impúdica Teresa Cabarrus, amante de Tallien y de muchos otros. La victoria de su amigo y futuro marido sobre Robespierre, liberta a los dos.

Entre el arresto de su marido y el suyo, Josefina de Beauharnais, multiplica sus diligencias para tratar de obtener la libertad de su esposo. Asedia, sitta el domicilio de Vadier, diputado de la Convención y miem-



Divorcio de Napoleón y Josefina. (Cuadro de Chasselat).

SANTA PAULA



Subyugantes

W.F.

Cerrito de Montevideo 20 de Septbre 1841

Excmo Señor

He tenido el honor de recibir la muy aprec. Nota de V. Exa. con fecha de 16 del corriente incluyendome otra en copia del 14. del Frial Sup. de Justicia relativa a unos casos de Bigamia que se han notado en la Republica. Con esta fecha se ha mandado expedir por la Notaria mayor al Discreto Provisor, y a todos los Curas Vicarios, la Circular que el sup. Gobierno me encarga, con inclusion de la copia de ambas Notas, recomendando su mas estricta observancia, como igualmente de las Instrucciones Vicariales que obran en todos los Archivos de las Parroquias y en de está explicado o epilogado todo quanto nuestras Leyes y Cánones prescriben para prevenir un crimen tan detestable.

A este Vicar. Apostolico solo le consta oficialmente por la Curia Eclesiastica, de dos Expedientes de esta naturaleza. En ellos, por lo que aparece, no ha habido cumplimiento por parte de los Vicarios ni Notarios: todo ha dependido de la mala fe y perjurio de los Contrayentes y testigos, lo que en el dia no es raro en todos los Tribunales y será cada vez mas frecuente mientras nuestros Legisladores no tuvieran el tiempo necesario para reglamentar los principios generales de nuestra Constitucion.

En nuestros casos se han observado las formas, pero estas no bastan para nuestras nuevas Instituciones. La entrada, segun estas, es libre, como es libre la salida de todos los individuos de todas las Naciones sin excepcion alguna. Nuestra poblacion es ya una masa heterogenea de todos los pueblos. Unos individuos vienen de paises en que, a pesar de todos sus progresos, se es permitido al marido vender en mercado publico a su consorte. Otros vienen de paises en que se recibió con el mayor entusiasmo el Código Napoleon quíen, por una Princesa Austriaca, repudió la Emperatriz Americana (nuestro ornamento y el orgullo) a quien debía una gran parte de su gloria y celebridad. Otros llegan de paises en que la libertad de conciencia se halla tolerada hasta el ultimo extremo, y los mas vienen de Naciones donde es frecuentísimo ver la sagrada Biblia en manos de los mas impios detestables y antisociales, y libros de Voltaire y de Rousseau para quienes el Juramento, el Decálogo, y su Divino autor, y de toda la Naturaleza, no son otra cosa que una quimera, como se figuran serlo todos los Cánones y Leyes eclesiasticas. En suma, no hay otra ley para los mismos, si no Convenios humanos y Contratos sociales: en vista de lo qual, que clase de bien puede esperarse de una mezcla tan indigesta de rectas tan diferentes y ocultas, por que, los mas, simulan de presente aparecer catolicos.....

Estas indicaciones, Excmo Señor, pueden ser me bradas por nuestros Legisladores, y son mas que suficientes para corregir y enmendar todo quanto dependa de mis escasas luces.

Quiera V. Exa. aceptar las considerac. de mi mayor respeto y veneracion con que le saluda, y juntamente mego a Dios que su vida m. a

Excmo Señor.

Fotografia tomada del auténtico documento dirigido por Larrañaga al Ministro Francisco A. Vidal. (Colección Supervielle). (Fragmento, en lo fundamental a esta nota)

J. Larrañaga



La emperatriz Josefina, de un cuadro de Prudhon.

bro del Comité de Seguridad General, el cual había ordenado la detención de Beauharnais. El indómito y huracán terrorista, que varios meses despues contribuye a la caída de Robespierre, rehúsa obstinadamente el recibirla. Ella no tuvo entonces otro recurso que redactar una memoria acompañada de esta carta que le envia:

"Libertad, Igualdad". Lapagerie Beauharnais a Vadier, representante del pueblo: Salud, estima, confianza, fraternidad!

"Ya que no es posible verte, espero que querrás leer la memoria que te adjunto.."

Alexandre, tu colega y mi marido, es de los ardientes amigos de la Libertad y de la Igualdad... Alexandre jamás se ha desviado de sus principios. Si no hubiera sido republicano, no habría tenido ni mi estima ni mi amistad. Yo soy americana... mi casa es un hogar republicano..."

Yo soy americana... esta sorprendente identificación hubiera encantado a Larrañaga.

La criolla martinicana, naturalmente francesa, ya que sus padres estaban establecidos en las Antillas desde el comienzo del siglo XVIII, y que la isla pertenecía a Francia desde 1635, al pretenderse americana ante Vadier, entendía que lo impresionaría favorablemente.

Los compatriotas de Wáshington tenían una buena prensa en el París de la Revolución, y la América estaba de moda con los Franklin, los Gouverneur Morris, los Jefferson, y Monroe que acababa de llegar a París como Embajador de los Estados Unidos.

El yo soy americana no era sino una astuta habilidad de Josefina, y Dios, Beauharnais, Napoleón, Barras; Señor, maridos y amantes, sabían a qué atenerse sobre las extraordinarias facultades de mentira y de inventiva de la bella pecadora.

Vadier no se dejó engañar y Josefina, americana o no, fué arrestada.

A la distancia en el tiempo y el espacio, Dámaso Larrañaga fué, a su turno, y por motivos bien diferentes por cierto, víctima inocente de la "Emperatriz Americana".

JULES BERTRAND.

Alejandro de Beauharnais, primer esposo de Josefina.



Josefina Tascher de la Pagerie.



SEURAT



Georges Seurat.

SEURAT es un gran pintor desconocido cuya personalidad presenta la anomalía, en nuestra época, de una visión juvenil, digna de la antigüedad y de una audacia única para fijarla solo, sin ayuda de reminiscencias de los dioses.

Seurat nació en París, diciembre de 1859; después del colegio, donde quedó hasta los dieciséis años, trabajó cuatro años en la escuela de Bellas Artes antes de interesarse por vías más personales.

El desenvolvimiento de este pintor esencial comprende tres etapas: La del estudio del claro oscuro en los dibujos: "los dibujos más hermosos de pintor que hayan existido nunca" escribe Paul Signac.

La de trabajo directo frente a la naturaleza, comprendiendo pinturas al aceite ejecutadas en largos trazos sobre pequeños trozos de madera; numerosos documentos y esquemas para sus grandes cuadros; algunos paisajes grandes. Y finalmente la de las grandes composiciones sintéticas con figuras que empieza con "El baño" (1884) para alcanzar "Un domingo en la Grande Jatte" (1886) "El desfile" (1889) "El circo" (1891).

En 1889 Jules Christophe resumía la teoría sobre la pintura de Seurat: "El arte, es

la armonía; la armonía es la analogía de contrarios (contrastes), la analogía de los semejantes (degradé), de tono, de tinte, de línea; el tono, es decir el claro y el oscuro; el tinte es decir el rojo y su complemento el verde, el naranja y el azul, el amarillo y el violeta; la línea, es decir las direcciones sobre la horizontal. Estas diversas armonías son combinadas en azules, tristes y alegres; alegría de tono es la dominante luminosa; de tinte, la dominante cálida;



Muchacha (carbón).



Bañistas (pintura).



Bajamar en Grandcamp (pintura).



Pescadores (pintura).

de línea, las direcciones ascendentes (sobre la horizontal); la calma del tono es la igualdad de la sombra y de la luz, del calor y del frío para el tinte de la horizontal para la línea. El triste de tono es la dominante sombría de tinte, la dominante fría y de línea, las direcciones descendentes".

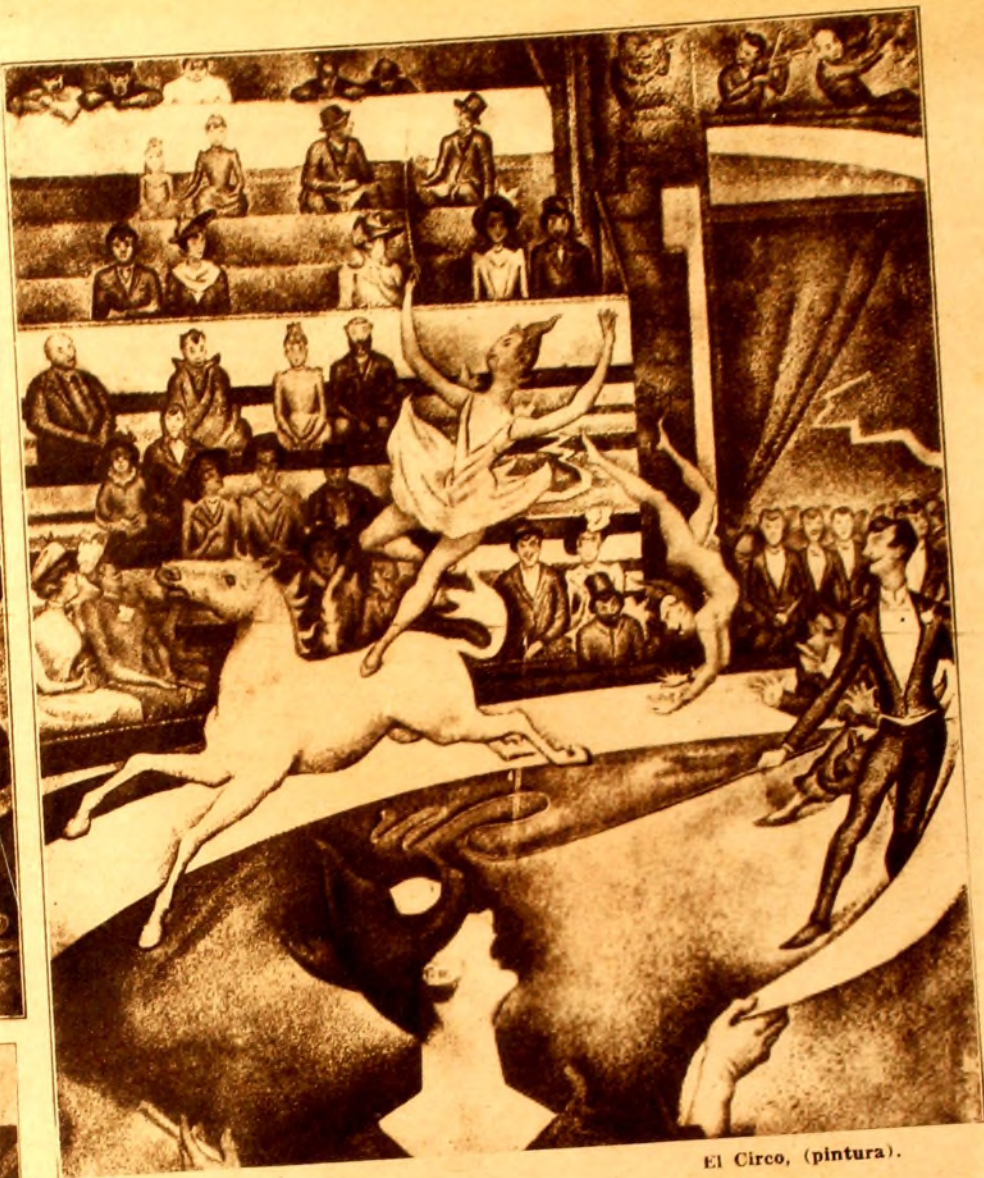
Seurat habíase asegurado de los beneficios de su teoría experimentando, por dibujos en valor, el poder expresivo del contraste de tono.

Cuando Seurat extiende al cromatismo la aplicación del contraste eficaz es con la misma decisión exenta de debilidad. Se sienta delante de la naturaleza, primero, para rehacer los árboles, las nubes según sus volúmenes esenciales. Como persigue ante todo la luz, sus tintes son poco variados pero notados delicadamente. Valuará más tarde como pintor las densidades de todos los cieles y de todas las aguas por medio de matices de una exquisita tenuidad. Pero a cualquier país de sus conquistas que nos llame nos llevará ante todo, por grados infinitamente próximos e imperiosos, hasta la adoración de alguna luz mágica resplandeciente en una bello unidad de color grave o rubio.

En cuanto a sus dibujos al lápiz, solo Seurat sabe cuanto trabajo es necesario

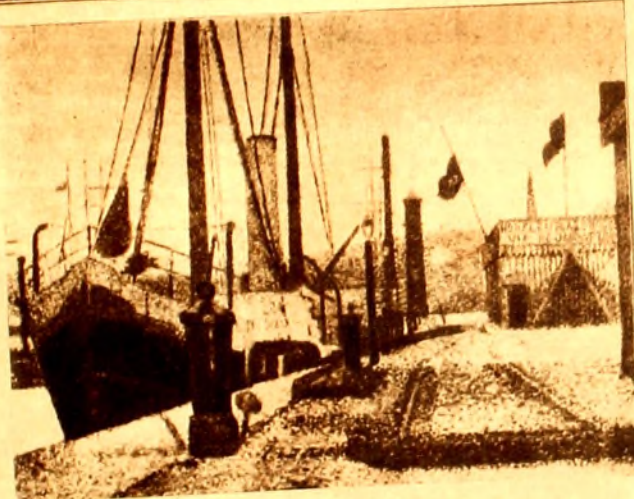


El "chahut"
(pintura).



El Circo, (pintura).

La "María" en
Honfleur (pintura).



Un domingo de verano (pintura)



para lograr la excepcional potencia de los blancos y negros que admiramos. Se guarda, por un vano detalle, de quebrar los bloques expresivos. Los largos e intensos frotamientos del lápiz, posibles, sin pesadez sobre las hojas de papel de Ingres de grano resistente, han servido a la necesidad que tenía el artista de escribir en largas curvas, en ángulos netos, las formas simples.

El resultado material es ese aterciopelado profundo, exento del escintillamiento que caracteriza los dibujos de Seurat y que es preciso no confundir con la materia de esos lápices en general.

El instinto de un pintor lo lleva, en efecto, a inventar, desde sus comienzos un

aspecto de superficie que materializa con más sensibilidad el carácter de las formas que concibe. Sus dibujos presentan una elección instintiva que arriba a darles un aspecto de inocencia en cuanto a los procedimientos retorcidos, desnudos de ilustres facturas, ofreciendo en cambio sus terciopelos nuevos con ese candor de las obras de los primitivos.

Para asegurar el sentido de sus frases pictóricas, Seurat se ha contentado con regular minuciosamente el frotamiento de su lápiz hasta que se amplíen o se extingan en cada lugar esas reacciones o degradaciones que elogió en su "Teoría de los contrastes".

Y es así que en cada obra nos vemos obligados a comprender, a percibir la armonía del monumento edificado por Seurat como elogio de la vida contemporánea.



Retrato de Paul Signac (carbon).



MOVADO
EL RELOJ DE FAMA
MUNDIAL.

"Hay un modelo
para cada gusto.."

Agente General:
RICARDO INGOLD
25 de Mayo 462.

TERMINADA la Asamblea General de la noche del 30 y madrugada del 31 de marzo, fuimos a EL DIA para reanudar el trabajo en la dirección de "El Ideal". Estábamos con Pereira González, Oliver, Bordani, Falco y Duncan Batlle, proyectando "El Ideal" de ese día, que mutilaba la censura de prensa, cuando llegó un sobrino del Presidente del Consejo de Administración don Antonio Rubio, trayendo la noticia de la aprehensión de aquel ciudadano, en su domicilio particular. Pedimos de inmediato comunicación con la casa del conserjero Brum, y no se nos contestó. El doctor Fusco que se encontraba presente, propuso que fuéramos en su auto particular y con él salimos en procura de Brum.

A las ocho de la mañana subíamos con Fusco la escalera de la casa de Brum y poco más arriba, en ese instante, hacían lo propio dos funcionarios policiales. Comprendimos lo que significaba la presencia de los agentes y apurando nuestro ascenso al patio, los interrogamos.

—Venimos a aprehender al doctor Brum, nos dijeron.

Apuramos los pasos, adelantándonos a los policías, y fuimos hacia Brum, que ya llegaba al hall de entrada, avisado por la sirvienta.

No olvidaremos la impresión singular que nos hizo la mirada de Brum, fuerte,



Orlando Pedragosa Sierra, autor de esta nota, en uno de los episodios que describe.

serena, como denunciando una enérgica y deliberada resolución. No sonrió, no nos dirigió sus habituales palabras de saludo afectuoso; pasó por nuestro lado con andar seguro, rápido, nos estrechó la mano izquierda que estrechó las nuestras, y observamos ahí que su derecha empuñaba el revólver en el bolsillo de su amplio abrigo de entrecasa.

Frente a los comisarios que esperaban de pie en el escritorio, el doctor Brum reclamó de aquéllos una perentoria explicación de su presencia.

—Tenemos órdenes superiores, doctor, de reducirlo a prisión — contestaron.

—Díganle a quien los ha mandado — replicó Brum — que estoy resuelto a morir y a morir — que no me entregó!

Los comisarios ensayaron una respuesta y se movieron en su posición nerviosamente, cosa que indujo quizá a que Brum creyera que se aprontaban para dominarlo físicamente, cumpliendo las órdenes superiores que antes invocaron. Los acometió entonces, les descerrajó dos tiros, siendo uno de los comisarios herido en un brazo — así nos informaron después — y el otro, una bala le atravesó su kepí.

Quedamos solos con Brum, en una compleja posición espiritual. Pugnaban en nuestro interior, el amor cariñoso al amigo, y lo que nosotros rechazábamos, por lo inusitado de aquella actitud fatalista, que escapaba a nuestra percepción. La idea que teníamos sobre la "resistencia a muerte" de Brum, era opuesta a la suya. Nos interesaba el impedir su inmolación, y a todo trance, a costa de malquistarnos con él, como ocurrió en seguida cuando nos oponíamos enérgicamente a lo que era ya su inquebrantable designio.

Siempre recordaré con dolor nuestros repetidos incidentes de esa mañana, con el insigne republicano; nuestra insistencia era contraria a su plan secreto y abnegado, que más tarde consumaba quitándose la vida. Lo recuerdo con dolor, y sin embargo, Fusco y yo, bien sabemos, cumplíamos con un imperativo político y humano; tratábamos de evitar aquella primera ventada para la dictadura naciente y salvar a Brum, debía ser nuestra consigna.

A poco de la discusión que siguió a la partida de los funcionarios policiales, se operó un cambio en su conducta. Permitió admitir nuestras sugerencias: salir en busca de los amigos; fuáramos por la azotea; eludir la acción policial para dirigirse desde lugar seguro la reacción contra la tiranía. Teníamos el auto del doctor Fusco cerca de la puerta, con él podíamos evitar la captura de la policía.

Bajó serenamente a la calle, erguido, ca-

lido con una expresión serena, que parecía expresar una esperanza. ¿De qué índole? No sé, no es afirmable nada.

Los episodios posteriores fueron de contraste: de la intención de aprehenderlo, la dictadura pasaba al armisticio.

Brum se detuvo con nosotros en la puerta de su casa. Con Fusco nos colocamos a su lado. Vimos que había policía apostada en la esquina de Colonia y Río Branco y al frente, sobre el lado norte de Colonia, un grupo de personas, que aumentaba en número aceleradamente, contemplaba con curiosidad el despliegue de fuerza y la presencia de Brum en la entrada de su domicilio, esgrimiendo el arma.

Como si la vista de aquel cuadro de tintas opuestas — el pueblo expectante y la policía en acecho — reavivara una volición recóndita de Brum, éste avanzó a la vereda, dirigió su mirada tranquila a los que lo observaban, y tranquilo también, como si lo hiciera desde la tribuna donde sembró sus enseñanzas, dijo unas palabras de condenación al tirano y de unificación profunda a la democracia y a la libertad.

¿Comprendieron los oyentes el sentido de aquel lenguaje conocido en lo normal de la vida — extraño en su expresión y su acento, en aquella hora de trágica anomalía?

No sé cuál fue la repercusión de aquel estolicismo; si pudo interpretarse el magnífico rasgo de Brum, desafiando a la muerte, invocando al pueblo, censurando la adulación de los gobernantes, ofreciéndose al holocausto como varón fuerte que no perdona, pero redime, como soldado cívico de una vanguardia de ideas, que avanza sabiendo que se inmola salvando la bandera.

Se aproximó a nosotros el doctor Enrique Cornú, amigo íntimo de Brum. No pudo convencerlo para rectificar su conducta de desobedecer la orden de prisión. Se indignó ante las solicitudes afectuosas del amigo. Su decisión era irreducible y el propósito, si lo tuvo, de irse con nosotros había tomado a su primera inclinación de resistir.

Apeles Bordabere y mi hermano Américo, pudieron atravesar el cordón policial, y acercarse a nosotros. No traían armas y les pedimos que fueran en busca de ellas. Cuando regresaron con las armas, fueron repelidos por la policía, lo mismo que otros compañeros. La policía había aumentado el número y la vigilancia.

Nos separamos con Fusco de la puerta. Debíamos deliberar sin la presencia del doctor Brum. Acordar algún término práctico, que hiciera posible, respetando a Brum, salvar también su vida. Habíamos caminado unos pocos metros cuando sentimos el ruido peculiar de cascos de caballos sobre el asfalto. Era la Guardia Republicana que venía al galope desde Río Branco y Mercedes. Regresamos junto a Brum y cuando lo hacíamos, vimos que se enfrentaban a Brum, el Comisario de Ordenes de la Jefatura y otros funcionarios, apuntándole con sus armas de ordenanza.

Los funcionarios, cubiertos por los plátanos próximos, exhortaban, apuntándole, que Brum se entregara. Esto no cambió su conducta, les apuntó a su vez, reiteró su decisión a no obedecer la arbitraria disposición de la Dictadura — y creo que si no hizo uso del revólver, fue por la multitud que estaba cerca y desde luego expuesta a los tiros de su arma.

El funcionario superior que dirigía la nueva tentativa de aprehender a Brum, me llamó nombrándome, y agregó alguna frase conciliatoria. Me fue difícil desprenderme de Brum, pero lo convencí con la afirmación de que debíamos ganar tiempo. Y así lo efectuamos con Fusco. Obtuvimos el desplazamiento del numeroso núcleo policial y su ocultación a la vista del doctor Brum. Accedieron después a una tregua que deberíamos aprovechar nosotros para obtener la contraorden, cosa que prometimos por convenir a nuestros propósitos, pero de ningún modo porque estuviéramos en nuestros cálculos la obtención de tal medida.

Debimos en seguida conferenciar con Brum, persuadirlo de nuestra decisión de obtener la colaboración de los amigos que en ese momento no sospechaban el drama que tenía por escenario aquella cuadra de Río Branco — donde un ciudadano preclaro, compelido a someterse a la dictadura, se debatía, valientemente, con la prestancia del héroe, creyente en su fe cívica sin arredrar el ánimo ante el aparato bélico que estrechaba su asedio.

¿Qué hacer entonces? ¿Acaso rehúamos nosotros la compañía de Brum, la exposición de nuestras vidas porque pensáramos, una vez seguros de la tregua — que debíamos provocar soluciones para liberarlo? Fusco y yo, hemos sido criticados por unos, y aprobada nuestra conducta por otros, que sospecho son los más. Pero a los que puedan ser censores todavía, es de preguntarles, si equivocado o no, el procedimiento que debimos improvisar en esas horas inciertas y graves de responsabi-

dad — supone también que coexistió en nosotros la debilidad y el miedo. Esta malevolencia no nos rozaría, porque, si alguna seguridad tenemos con mi noble amigo Fusco, es que nunca, en toda la extensión de esa mañana, nos acordamos de nosotros, para preocuparnos sólo de Brum.

De ahí nuestro paso tortuoso hacia la casa de Ghigliani. Sólo sabemos nosotros lo que significó de sacrificio para nuestra sensibilidad, la visita a aquel hombre, al que suponíamos contrario al golpe matutino, es verdad, pero que concitaba en nosotros a un tiempo vehementes sospechas por su insinceridad repetida en otros actos, y sobre todo, porque lo sabíamos ya un simulador morboso, y para el caso, algo más grave todavía, un inconsciente envidioso de la ejecutoria de Brum.

Nos recibió alarmado, intranquilo. De la salida de baño, que cubría su cuerpo asomaba en un bolsillo el revólver que yo le conocía, calibre 38.

—¿Qué pasa? — interrogó nervioso.

—Que Brum está sitiado por la policía — contestamos — que no se entrega y hemos conseguido una tregua de Bonino y Casas.

Más asosegado ahora preguntó que podía hacer él.

—Pídele a Demichelli la contraorden de prisión — dijimos.

Fué al teléfono, y trajo el informe que se aceptaba la proposición siempre que nos hiciéramos reponsables de la "entrega de Brum".

—De ninguna manera — dijimos — porque a Brum no lo tomarán vivo y no contrariaremos su resolución.

Dijo después con una expresión que quiso ser la de un iluminado — que en aquella hora no era nada una vida! — ¡Como si aquel mismo atraco contra las instituciones, fuera en el cerebro de Ghigliani una revolución por principios de libertad y de justicia!

Se persistía en la medida brutal. Querían de nosotros la complicidad; que fuéramos en ayuda del propósito de asegurar la rendición del hombre a quien temían. Y no cedimos, retirándonos al convencimiento que no se animarían, sin embargo, a extremar las medidas.

Antes de retirarnos, Ghigliani nos afirmó que era contrario al golpe de Estado. Había pedido una licencia larga en "El Pueblo" para prescindir de toda vinculación con los sucesos. Pero integraría la Junta de Gobierno — agregó — creyendo — con su egolatría habitual — que evitaría él, por acto de presencia en el nuevo gobierno, muchos males para el país!

De inmediato fuimos en busca del doctor Alfeo Brum quien, ajeno a lo que ocurría, se encontraba todavía entregado al sueño.



La Asamblea en la madrugada del 31 de marzo.

descansando, como muchos de nuestros amigos, de la jornada larga e intensa, que terminara con la Asamblea, a las siete de la mañana de ese día. Vuelto con él al domicilio del doctor Brum, estaban ya los señores Lauro, José y Horacio Brum, quienes no pudieron modificar la firme resolución de su hermano. Al rato se incorporaron al grupo que formábamos en la puerta, don Eduardo Acevedo, su hijo Eduardo Acevedo Alvarez, el doctor Castillo, Américo Perea, Carlos Nogués, Lauro, José, Horacio y José Luis Brum, Lauro Brum (hijo) y el diputado don Florentino Guimaraens — con los cuales dejamos a Brum — partiendo con Fusco en procura de compañeros, de soluciones o de consejos para accionar eficientemente, provocando, si podíamos, el milagro de libertario dignamente y en forma que obtuviéramos su adhesión para salvarlo.

Este deseo no fué posible. El contingente policial, en exceso nutrido, se previno contra toda tentativa y no quedó otro término que esperar la noche. Hacían treinta horas que no dábamos tregua a músculos y nervios.

B R OFRENDA AL LO QUE OBSE SU MUERTE, HABIA VIST

Pasadas las cuatro recibíamos el doloroso mensaje del suicidio de Brum. Al grito de ¡Viva Batlle! el republicano insigne con el mismo revólver de su gallarda rebeldía, suspendió el ritmo de su gran corazón!

A los pocos días, el dictador dijo desde el radio oficial, que el doctor Baltasar Brum se había quitado la vida, en "un momento de extravío". La prensa palaciega, repitió por mucho tiempo, que la soledad de Brum en aquel día y la falta de cooperación de amigos y de pueblo, habían sido las determinantes de su muerte. Dos versiones tan falsas como contradictorias. Si hubiera habido extravío no era concebible que Brum confiara en la colaboración para la lucha y si existió ese fenómeno, subjetivo y lógico, quedaba destruida la sospecha de extravío.

La única verdad, la intergiversable, es que Brum se inmoló en un rasgo de magnífico desprendimiento. Su alma lírica y buena, fué abatida por el brutal desencanto de la realidad, que rechazaba convencido, realidad a la que no se avino a creer aun en pleno desarrollo de los actos matutinos de la víspera. Fué rectificado aviesamente por los hechos, desmentido por Terra, engañado por el espejismo de las promesas juradas del que se erigió en tirano.

Nunca admitió que aquel "su amigo" y dócil colaborador de su presidencia, pudiera esconder en su pensamiento la ambición del dominio, y que para esto, perdiera toda noción moral, arrasando con un pasado de adhesión a la ley y a su partido. Su concepto era ese, inflexible y — finalmente. De ahí que nos contradijera siempre con vehemencia, cuando nos oía manifestar o nuestra dudas o la seguridad después, de que se preparaba el crimen entre la bruma de ciertas actitudes del gobierno. Sus razonamientos descansaban en otro plano de sus observaciones: Terra no es malo decía; es vanidoso, negligente, sin

principios, pero le falta valor para una empresa de esa índole. Aquella aberración, era menos admisible todavía, porque no concebía para Terra otra victoria mayor que una Presidencia constitucional, impulsada por su deberes de Batllista, presidencia tranquila, de inmenso halago personal, como para figurar sin máculas — como él decía — entre los veinticinco presidentes del siglo!

Cuando en la reunión de legisladores, consejeros y ministros, efectuada la tarde del 30 de marzo, en una sala del Palacio Legislativo, se propuso nuestra resistencia en el propio Palacio, Brum no continuó en la deliberaciones. Se retiró diciendo que él iría al Consejo... y esta determinación comprendía el rechazo a la presunta existencia del golpe de Estado, y su creencia, a la vez, que los sucesos, no emanados de la fuerza pública, habían de producirse de otro modo. EL DIA ha publicado la copia fotográfica de la declaración escrita por Brum encontrada entre sus papeles:

"El ocho de abril — dice — de la hora 18 y 30 a la hora 24, rendiré cívicamente guardia de honor a la Constitución de la

U M

AN CIUDANO

EL DIA DE

QUE ANTES

DE SU VIDA

ública, en la puerta del Consejo Nacional de Administración, que tiene su sede en el Cabildo de Montevideo, que fué el tem de las libertades rioplatenses".

Entonces él esperaba el asalto, por serba oficialista, a la sede del Colegio de la preparación del mitin proyectado en las reuniones de La Lira, las declaraciones de los iniciadores, el desborde de la prerautocraticolegalista tutelada desde las aldel Poder, daban asidero a la convicción de Brum. No creía que pudiera pasar una "pueblada", de alguna tentativa a usar los archivos del Consejo, para detentar torpemente, el desprestigio de aquel grupo de Gobierno.

doctor Brum había invitado al Consejo Cortinas — y éste aceptó con gusto — acompañarlo para enfrentar aquel episodio callejero, en el que estaba seguro más de los dos. El señor Cortinas no tenía como él tampoco. Podían exponer sus ideas, en mejor situación — nos dijo, extendiéndose su disposición — que los otros por su condición de padres y más cuidados, desde luego, a la protección de familia. ¡Así era de reflexiva y grande terminación!

Este ciudadano eminente, todo hombre de voluntad vigorosa para el trabajo y estudio; todo él entregado a la labor y al bien del pueblo; bizarro, prolijo hasta la temeridad, era, también una psicología diáfana y sencilla. Pareía, sino excepcionalmente, en la vida de los hombres, en sus deformaciones de la virtud, en sus impulsiones al mal. Su enorme inteligencia se hermanaba en una enorme bondad. De ahí que percibiera y creyera en una violación institucional, en una adjuración de deberes rotos, por parte, especialmente, de ciudadanos que, como el dictador, habían actuado con él, colaborando en su presidencia, dando indicios siquiera a la sospecha de un crimen.

La tarde del 30, el director de la Peraria señor Lorenzo Batlle Berres, fué llamado en su casa por el aviso de que aquel había sido intervenido y ocupado una compañía de una unidad del ejército. Debió alejarse de inmediato para su prisión y fué al Consejo Nacional de Estado, su superior jerárquico doctor Brum, presente allí, contradijo la acción de Lorenzo Batlle Berres que a aquel acto arbitrario el significado del atropello institucional que se le hizo la suya y la suya, que le hizo fué el a su puesto imponiendo su autoridad. Lorenzo Batlle, accedió sin vacilación y se retiraba ya, cuando lo hizo llamar. El director de la Peraria, observó que en el espacio de sesiones del Consejo, estaba Brum de los Consejeros. Brum agitaba, nuestras de viva satisfacción, un documento que tenía en las manos, a tiempo, dijo: —Aquí tengo el mensaje de en el que da cuenta de las medidas administrativas adoptadas, lo que quiere — agregó — que Terra no se aparta de él...

El socialismo y la probidad política de eran enterizas e incompatibles con la percepción clara del momento. Y no sólo en esa apreciación. Varios directores de la autoridad moral del Batllismo, coincidían en que aquella "tlingada" más: como la ruptura de relaciones con la Argentina; como la amenaza de revolución comunista; los pasos volubles de bailarinas, en un gallo que eligiera en las recorridas por el país, para sostener hoy el Batllismo, mañana el Colegiado y luego después a lo primero y a lo segundo, en un desasosiego morboso de que rebasa su órbita para hacer un maturo de la ventura de su patria.

La tragedia que el comediante que marchaba en unidad, se había abroqueado en la capacidad para el "golpe".

también él, en lo privado y en lo público contribuía a sembrar por un lado y por otro confusiones. En la conque tuvieron con él el doctor Brum, le y el Dr. Acevedo Alvarez —solos de avenimiento para la reorganización su ingenio para alejarlos de la sospecha. Brum me habló con ca-

lor de aquella plática a la que él le asignaba, como síntesis — el valor de una nueva y sincera promesa del gobernante. Al otro día, el órgano de palacio, hizo eco de aquella visita de nuestros amigos y cuando le observé a Brum el contraste entre sus impresiones y el artículo me dijo: —Es un desahogo de Ghigliani: Terra no participa de esas cosas...

El dictador, repito, había contribuido con sus palabras en privado, a afianzar en muchos, la certidumbre de su buena fe, cuando el señor Antonio Rubio, unos días antes de la destrucción de la legalidad fué a ver a Terra para observar que sus amigos tomaban el mal camino de las amenazas para obtener conquistas ideológicas, y más aún: que esas amenazas entrañaban una disposición peligrosa a llevar a cabo el golpe de fuerza el doctor Terra le respondió al señor Rubio: "Sería un torpe, algo más: sería un idiota, si renunciase a la dignidad de mi honrosa investidura de Presidente Constitucional para cambiarla por otra posición cualquiera". La intención fué tranquilizar al señor Rubio, desviarlo de toda suspicacia; pero la verdad es que su "torpeza", su "idiotéz" lo llevó muy pronto a "trocar su investidura honrosa" por la "posición cualquiera" de impulsor y jefe de la dictadura.

Brum había tenido siempre verdadero afecto por el que después trastrocó su pasado de ferviente demócrata. Antes que nadie, y en una reunión batllista de Soriano, insinuó el año 30, el nombre de Terra para la futura presidencia. Brum, como muchos de nosotros, considerábamos que la muerte de Batlle — la ausencia de un prestigio superior como era el suyo — hacía difícil la elección de neutrales. Entre los integrantes del partido, pensábamos que Terra podía ser uno de los mejores candidatos, para atraer las soluciones de acuerdo colorado y evitar con ellas el peligro de la victoria nacionalista con de Herrera a su frente, que agudizaban todavía más los temores de un contraste.

Se mantuvo consecuente con el favorable concepto al ex ministro de su gobierno. Lo ayudó animosamente en su gestión, aportándole su vasto concurso de estadista, de partidario y de amigo. Influyó constantemente con sus compañeros de función pública, para aminorar las situaciones de conflicto que la inestabilidad mental del gobernante creaba con frecuencia. Reaccionaba con energía ante las afirmaciones nuestras que denunciaban las maniobras solapadas de Terra. Se le había asustado así — por fuerza de los hechos — el papel de pacificador de los espíritus, por su oposición tan firme como sincera, a aceptar las versiones diarias que llegaban a su conocimiento.

En el mes de febrero — y durante una de las sesiones habituales del Comité Ejecutivo Colorado, concurrió a la sede del Partido el Ministro de Hacienda doctor Acevedo Alvarez, para exponernos la sensación de desagrado que traía de una conversación con Terra, de la que había extraído la convicción de que aquel precipitaba la crisis. El doctor Brum se opuso con severidad a que deliberáramos sobre aquella materia, rechazando toda posibilidad de subversión. Accedió más tarde, sólo por deferencia al Ministro y porque la mayoría de los presentes, consideró de interés oír al compañero — que documentaba en la fe de su palabra, la existencia de un hecho exacto y deplorable, como era la conspiración desde el gobierno.

La controversia con aquel hombre puro — mezcla de pureza y reciedumbre — dejó en nuestro ánimo una impresión penosa, por lo que significaba su discrepancia en la apreciación del semblante de la hora, que constituyó para él un gran desengaño y con éste las terribles derivaciones que culminaron con su muerte.

Como otras personalidades compartían la oposición de Brum, acompañándolo en su honrada persuasión de que no había de producirse el terrible vaticinio, nuestra previsión fué general. No disciplinamos los procedimientos. No acordamos las fórmulas obligadas que reclamaba la hora. Y al producirse el motín — el violador de las leyes y los juramentos — pudo sin tropiezos disolver los cuerpos de estado, y arrestar y deportar varios de sus primeros integrantes.

Al salir del Cuerpo Legislativo, en la madrugada del 31, invité al senador Lorenzo Batlle, a concurrir a EL DIA para decir allí cuál había de ser nuestra conducta. Lorenzo me respondió, empleando su habitual optimismo, que no iba porque nada pasaría. Optó por ir a su casa a descansar. A las pocas horas de esto, el senador Batlle era despertado por la policía, llevado a la Escuela Naval y después deportado para Buenos Aires.

Por mi parte, insistía en la necesidad de congregarnos, de concretar algunas medidas. Con varios legisladores fuimos, así, a tomar el desayuno al centro. Allí nos comunicáramos impresiones. En la mesa aquella, de políticos y amigos, sólo Dominquez Cámpora, Fusco y yo, coincidíamos en la convicción del golpe de Estado; los



demás confiaban en una "voltereta" más del mandatario, en que aquéllo era uno de sus tantos pasos de comedia.

Esa opinión, compartida por muchos de nuestros hombres de dirección y de prestigio, fortalecía la inclinación de Brum a confiar y no perturbar el escenario público, con actitudes individuales o colectivas de censura violenta. Era el clima inverso de lo que aseguró el dictador en su mensaje, al denunciar la "conjura" sin documentarla. Cuando más tarde abandonó esa invención con que pretendió cohonestar sus toruosos actos, izó el banderín de la organización funcional del Estado, de las economías, de no más empleos y no más impuestos. Bien saben los habitantes del país, cuál ha sido el corolario de esa obra llamada marxista, obra que ya avergüenza a muchos de los que fueron sus gestores.

La muerte de Batlle trastornó la marcha política de la República. El era la razón del equilibrio, el orden y la moral institucional. Su autoridad era soberana en la garantía de la paz y el respeto a la ley. Y Batlle sabía lo que nosotros ignorábamos: que si Terra podía ser miembro de un cuerpo controlado y sereno como el Consejo, no debía ser Presidente, donde contaría con la fuerza para sus desbordes. No en balde pugnó por el Colegiado y la supresión de la Presidencia. Su videncia se reveló otra vez con el desastre de esa elección presidencial propiciada en nuestras filas, cuya única virtud — si alguna tiene — y algún bien puede extraerse, es la de reavivar nuestro terror principista, nuestra orientación más clara y recta hacia la conquista del Gobierno colegiado. Si tuviéramos mejor memoria del pensamiento y los actos de Batlle, nuestras realizaciones serían mejores. No concibo la ventura del Uruguay, si no es en los moldes del gran ideario de Batlle. Brum nos decía con frecuencia, que una de nuestras faltas era no tener memoria histórica. El cultivaba con afanoso empeño, el recuerdo de Batlle. Su predica toda estaba ahí, en la órbita seña-

lada por el estadista de genio que tuvo en él uno de sus más fieles intérpretes.

Con Brum y con el partido nos apartamos, sin querer y bajo la influencia de una hora perturbada, de lo que fué siembra constante de Batlle: dejar la presidencia para los neutrales o los adversarios del credo; para el Batllismo, la integración con sus hombres de los Cuerpos colegiados. Este error fué una tortura de Brum y de muchos de nosotros. En el inolvidable amigo, mucho más, por su persistente y honrada credulidad ante los sucesos que lo rectificaron tan radicalmente. Su desilusión fué así más grande. Y más desconcertante para su noble espíritu la realidad de aquella mañana, cuando los gendarmes del hombre que él defendió y quiso desviar de la caída al abismo, cuando esos gendarmes fueron a reducirlo, como a un reo político, como a un delincuente, a él que tuvo la obsesión de Batlle: del respeto a la legalidad!

Fuimos contrarios a su voluntad de morir. Comprendíamos y comprendemos, todavía mejor, después de varios años, lo que habría sido Brum en nuestro luchar de un lustro contra la dictadura. El valor inapreciable de su autoridad política en la República, de su prestigio intelectual en el extranjero. Teníamos en él al hombre indicado por el destino. Pero prefirió inmortalizarse. No lo mataron, no se animaron...; lo hizo él con un "¡Viva Batlle!", condensación de la justicia y la libertad; el viva a Batlle, sublimizado por la abnegación de Brum; que en ese Viva Batlle actuó el hombre y el principio, lo animado que fué y la abstracción que es eterna. Brum murió así, dió fin a su vida de romance, en aquella comunión con la muerte, con su muerte de infinita grandeza, señalando al pueblo con su rasgo sublime la leyenda inmortal de ¡Viva Batlle!

O. PEDRAGOSA SIERRA.

San José, Marzo de 1939.

MEYERHOLD Y EL PUBLICO RUSO

El teatro ha tenido grandes épocas, y el público también. Pero no han sido siempre las mismas. Una "gran época de público" puede contentarse de un teatro muy mediocre: por ejemplo el del siglo diez y ocho. Por el contrario, una "gran época de teatro" necesita de un público entusiasta y numeroso. Ningún arte es, en efecto, a tal punto dependiente de aquellos a quienes se dirige. Por simple necesidad de dinero frecuentemente, y también por que él vive de pasiones, de ideas, de todos los elementos dramáticos que cada espectador lleva en sí, y que la escena no hace sino restituírle con brillantez.

El público es como un banquero: la obra es como un cheque que el autor lanza al público. Tanto vale el banquero, tanto vale el cheque.

En épocas de gran tranquilidad, el público es indolente, frecuentemente fastidiado, cerrado a toda clase de emociones. Las obras que no están compuestas sobre estas bases de sentimientos, quedan amenazadas de fracaso: son cheques sin fondos.

Por el contrario, en épocas agitadas, esas que siguen a las guerras y a las revoluciones, el público, sacudido por los acontecimientos, ofrece un registro de emociones muy extenso. En esta banca moral de la que yo hablo, los hombres de teatro disponen de un crédito mucho más amplio. Estas son las grandes épocas de público.

¿Estamos ahora en una gran época de teatro? La cuestión hace sonreír. Me hace acordar a la entrada en escena de un personaje del repertorio romántico: "Nosotros, caballeros de la Edad Media". ¿Pero aca-

so estamos en una gran época de público? En esto creo que puede responderse, sin sonreír: sí.

Gran época de público en toda Europa, y mas particularmente en Rusia.

Allí, algunos directores de escena han revolucionado la situación. El más eminente, el mas representativo, es el antiguo director del Teatro de Arte de Moscú, de Stanislawski y Dentschenko, del que separó cuando la revolución: Meyerhold.

Meyerhold se aprovecha, evidentemente, de una situación de hecho espléndida. Dejo de lado los medios materiales que han sido puestos a su disposición y el concurso moral de su gobierno. No quiero sino hablar del público. Es sobre el público que se ejercita toda la actividad de Meyerhold.

Por el contrario de Craig, por ejemplo, que abandona el teatro para construir abstracciones admirables de teorías dramáticas, Meyerhold no ha cesado nunca de poner en práctica y controlar cada una de sus ideas o de sus innovaciones con desinterés y lealtad.

Meyerhold se ha encontrado frente a un público excepcional, de espectadores nuevos. Una necesidad, nacida de las dificultades de la revolución de volver la espalda a la realidad, de reencontrar y prolongar la fantasía. Y también una pasión un poco sumaria y frecuentemente comprimida de ideas y de discusiones que busca satisfacerse naturalmente en el teatro.

Sin duda hay en esto una parte debida a la organización política. Una especie de instituto, a la vez conservatorio, estudio de administración, de escenografía, está ane-

trario, que es necesario un gran entusiasmo en cada espectador para no estar, a la larga, aburrido por una tal administración de sus necesidades. Y si la administración rusa no ha atenuado la atención espectacular del país por la solicitud misma con que la rodea, es que el espectador ruso, por sí mismo más exigente, más creyente que nunca.

"Gran época de teatro" me responderán los directores de escena rusos. Tal vez. Pero por ahora, solo nos queda esperar.

Meyerhold no es enemigo de una tradición. Pero considera seguir la suya, y sobre continuarla, interpretarla a su manera. Esta tradición es, ante todo, la de los teatros inglés y español del siglo diez y seis: teatros eminentemente populares — dice — sepultados en el siglo siguiente bajo el triunfo de los teatros italianos y el teatro de cámara.

Es por esto que Meyerhold ensaya el abandono de la técnica tradicional de rampas, decoraciones pintadas, y en fin de todo eso que ha hecho la perfección del teatro italiano, del que somos todavía hoy tributarios. En su lugar, coloca la decoración construida y restablece el proscenio avanzando extensamente sobre la sala, de modo de presentar al actor por entero, y no solamente su frente y su perfil.

Toma a veces el "puente" del antiguo teatro japonés. Este puente tiene valor en dos momentos particularmente dramáticos: la entrada y la salida de un personaje.

Ha adaptado a ciertas escenas el recitativo del viejo teatro chino, especie de monólogo explicando la pieza con acompañamiento de ruidos. Los accesorios están reducidos a lo estrictamente necesario. Frecuentemente el accesorio falta, y ha de ser evocado por el juego de los comediantes: tal por ejemplo la escalera en la obra "Donne l'Europe".

Durante algún tiempo, Meyerhold extendió esta regla a los vestuarios. Los come-

ditos verdaderamente nuevos, a darle del papel la más alta, la más noble idea. Para ellos, como para los griegos, como para las gentes del medioevo, como a cada grande época del teatro, la escena es un lugar de ceremonia, de celebración.

Como se ve, todas estas búsquedas, por disparates que ellas puedan parecer cuando se las enumera, tienen todas una razón común: en cada país, en cada época, adaptar todo lo que procede del teatro popular y rechazar aquello que no viene de él.

"Yo he adaptado — escribe Meyerhold — a propósito de la puesta en escena de "La Fôret" (El taladro) los mejores sistemas de todas las épocas teatrales. Mientras estamos rodeados de viejos teatros, esos sistemas son irremplazables. Busco el anzuelo más seguro para pescar al espectador. El nuevo espectador es, sencillamente, el espectador popular".

Se le ha reprochado a Meyerhold el haber establecido una especie de museo anidado de teatros populares del mundo entero. Pero se olvida la peligrosa misión en que se ha embarcado y que se concreta en esta triple palabra de orden: hacer nuevo, hacer pronto, hacer revolucionario.

Una empresa sometida a tan estrechas disciplinas, hubiera sido imposible con otro director de escena. Meyerhold debe su éxito a la generosidad de su espíritu, a ese campo de acción que sin cesar ensancha, luchando por llegar a la fórmula que le amenazan con su rigor; pero es gracias a él que existe, hoy día, un nuevo teatro ruso. Pero no olvidemos que ese teatro está, por sobre todo, destinado a ser popular.

Las épocas teatrales han sido hasta el presente el producto de un maduramiento de siglos. El teatro del porvenir, los rusos quieren obtenerlo en pocos años, en algunos meses, como en invernadero, por procedimientos que nos pueden parecer artificiales. Esa evolución que, a través de los tiempos origina a Shakspeare, engendra a Molière, se prolonga en Beaumarchais, es transformismo natural de la arquitectura teatral que, tomando la escena espoleada de Shakspeare, la convierte en escena de ópera (que los técnicos modernos se esfuerzan inútilmente en perfeccionar por escenarios giratorios y ascensores); los rusos pueden, de un solo golpe, provocarlo y acelerarlo al compás de los deseos y de las necesidades?

Ninguna tradición popular ha podido hasta el presente ser creada conscientemente y de todas las piezas, por los gobernantes, aún estando servidos por un hombre de genio.

Meyerhold será el primero en poder transformar ese orden de cosas? O bien, por el contrario, perseguirá un objetivo diferente, y en lugar de una tradición popular está en el origen de un teatro más aristocrático de lo que supone? La respuesta está escrita, sin duda, en el fondo de su obra; pero nosotros no podremos leerla sino a través del público que le ofrecerá mañana Rusia.

Es este un hombre al que quiero y al que envidio. Pero no puedo a veces menos que condolerme de él: más que el hombre de un teatro, es el hombre de una época.

Louis JOUVET.



CANAS..



TABLETAS "DE SANTO"
UNICAS EN EL MUNDO PARA TERNIR
LAS CANAS EN POCOS MINUTOS
en los siguientes tonos:
CASTAÑO-CASTAÑO CLARO
CASTAÑO OSCURO, NEGRO, RUBIO

NATURALIDAD SORPRENDENTE !!

SE VENDE EN CAJAS DE 4 TABLETAS

Suficiente para tener una abundante cabellera.

En venta en todas las farmacias y droguerías.

65

DISTRIBUIDOR
Fco ALONSO ADAMI
RONDEAU 1440 TEL. 84884
INTERIOR: ACREGAR 0.07 PARA FRANQUEO
INDICAR COLOR.

LAS CANAS

COMO SE DEBEN COMBATIR

INDICAMOS a nuestros lectores el uso de una loción muy eficaz y completamente inofensiva, pues no se trata de tinturas ni teñidos con sustancias peligrosas, nos referimos a la loción MON AMOUR, preparado que recomendamos muy especialmente por sus buenos resultados. Sabemos que la Farmacia Rey, 25 de Mayo 387 tiene ese preparado y es de muy poco precio, la que puede pedir por el automático 8 46 58 y se le enviará a domicilio, como también al interior contra reembolso.

xado al teatro de Meyerhold. Y este instituto está vinculado, por los miembros corresponsales, a institutos idénticos repartidos por las provincias, y que vienen a ser como sucursales.

Pero que no se suponga que es a esta especie de propaganda que se debe el entusiasmo del público. Yo creo, por el con-

diantes actuaban con vestimenta ciudadana, y las condiciones debían ser interpretadas por la misma escénica. Los trajes, las pelucas, el gesto, han sido hoy restablecidos, pero sirven más para exponer el carácter de los personajes que su condición social.

Pero sobre todo, Meyerhold ha tratado de comunicar a sus comediantes un espí-



EFERVESCENTE DE FRUTAS

"ATHENA"



Favorece la
belleza natural
eliminando las
impurezas. Come-
se en ayunas.



CONFIRMOS SU RECETA DE
Lentes de alta calidad.
Optica "Recine"
U.T.E. 46681 18 de Julio 1562. CASIAGUAREMBO

CINE

MARIA ANTONIETA

La producción M. G. M. "Maria Antonieta" continúa siendo el motivo de mayor atracción de la temporada cinematográfica del año, registrándose un promedio de 2.500 entradas diarias, lo que constituye un verdadero record. Como es notorio tres grandes figuras se destacan en la producción que se exhibe en Cines Metro; Norma Shearer, Robert Morley y Joseph Schilkraut.



LA CAPA DE ERNESTO HERRERA

CARLOS BRUSSA, el actor que todo se lo ha dado al teatro nacional y le ha pedido tan poco, reclamó un día de 1915 (¿o 1916?) mi presencia en Florida. Iba a estrenar, en el teatro de la citada ciudad, una obra que yo había escrito — con sobra de entusiasmo y falta de conocimiento del difícil arte — en los primeros años de mi iniciación literaria.

Tomé el tren en Montevideo y quiso la casualidad que me sentara frente a Ernesto Herrera, que también había sido llamado por Brussa para asistir a la representación de "El Estanque" y dirigir los ensayos de "La Moral de Mista Paca".

Yo conocía poco a Herrera, pero iniciamos muy pronto la conversación.

Me parece verlo aún, casi tendido en el asiento. Envuelto en una capa que según me lo dijo después, no era suya. Cubierta la cabeza con un sombrero de ala caída sobre la oreja izquierda. La corbata parecía una gran mariposa negra. Pequeño. Flaco. Ojos grandes, de mirada ingenua, como de niño. Manos finas y huesudas. Ojeras profundas. Movimientos nerviosos.

Hablaba pausadamente y en voz baja, casi en secreto. A veces se detenía como para tomar aliento. Otras veces la tos — una tos honda y seca — le cortaba violentamente la palabra...

Me confesó que estaba escribiendo una nueva obra.

—De tendencia social, naturalmente. Si el teatro, que es el género literario que está más cerca de las masas, no señala y castiga las injusticias que hay en el mundo, ¿para qué sirve?

—¿Y el título?

—No lo he buscado aún. Me han salido dos actos con una fluidez y naturalidad que yo no tenía hasta ahora. Creo que va a resultar una de esas obras de las cuales se piensa: "Es lo mejor que he escrito". Aunque puede ser lo peor.

Le hablé de lo difícil que es imponerse.

—Cuando uno no se conforma con ser un aprendiz, sí. Para eso hay que ir a Europa. Aquí... se le abren las puertas al que llama.

—¿Le parece?

—Estoy seguro. Quedan pocos muchachos que no escriban su obra y la estrenen y logren algún elogio de los diarios.

—¿Es alusión?

—Hablo en términos generales. No conozco sus obras de teatro. Ya sé que exagero, no se moleste en decírmelo. Tal vez estoy un poquito envenenado. En fin, la posteridad hará la inevitable selección. Quedarán muy pocos. Los demás se llevarán al sepulcro la satisfacción o el remordimiento de haber escrito obras que tuvieron su cuarto de hora de resonancia.

—La gloria es más tentadora que una mujer.

—¡Más que todas las mujeres juntas! Por ella somos capaces de lo más heroico y de lo más ridículo. Hay un autor de malos comedios que se empeña en llamarme colega. Le gusta decírmelo en público, para que la gente sepa que tenemos el mismo oficio. Convine en ello con la condición de que me prestara su capa. Es esta que llevo puesta.

—No se la ha devuelto!

—Ni se la devolveré. Tiene un buen empleo el hombre. Come bien (tal vez por eso escribe tan mal). Y le advierto para su gobierno, préstame las cosas (si las necesito) es lo mismo que dárme las.

*

Llegamos a Florida. De tarde, en el teatro,

se realizó el primer ensayo de "La Moral de Mista Paca". Herrera, de pie en medio del escenario, hacía a los artistas las indicaciones correspondientes.

De pronto lo vimos ponerse intensamente pálido. Se apagó su voz. Quiso dar un paso y cayó pesadamente. Corrimos. Alguien se apresuró a ponerle en la nariz un pañuelo empapado en agua de Colonia. Otro le levantó la cabeza. Todo fué muy rápido. Herrera volvió a abrir los ojos. Sonrió, con su sonrisa triste de niño enfermo.

—No es nada — dijo — estoy acostumbrado a estas cosas.

Se puso otra vez de pie.

—Vamos a continuar el ensayo. No me mire con esos ojos de miedo, Rosita. Estoy vivo, bien vivo todavía. ¿No ve que lo que he querido es enseñarles cómo se cae con naturalidad?

*

De noche, después de la función, salimos a caminar por las calles de la ciudad. Hacía frío.

—¿Vamos hasta la Piedra Alta?

—Vamos, Herrera. La noche está como para hacer ejercicio.

—De paso me ocuparé de unos versos que me pidió Brussa para que los cante el polaco de "El Tango en París".

—¿Va a escribir versos ahora?

—A escribirlos, no; a pensarlos. No es trabajo. Se trata de rimar cuatro macanas que estén de acuerdo con la obra.

—Eso tiene punta. ¡Si lo oyera García Velloso!

—Se lo diría personalmente. Eso no es teatro ni cosa parecida. Se lo dije a Brussa.

—¿Y él?

—Nada puede hacer el pobre Brussa. Al público le gusta... El teatro se llena... la obra está de moda...

—Hay que vivir.

—Es terrible. Pero tratándose de obras literarias, los que echan mano de recursos ilícitos no viven, mueren. Aunque ganen mucho dinero... Después de todo, ¡qué importa!

—Tal vez sea mejor pensar en lo nuestro.

—En lo eterno. ¡Mire qué luna magnífica! ¡Qué dulzura en las cosas! Vea el arte con que la naturaleza nos encanta... ¡y es muda! No envidia, ni critica, ni alaba. Meta toda esa belleza en unos versos, y se hará inmortal.



Dibujo de AGUERRE.

—Tengo mucho frío.

—¡Hombre vulgar! Está Ud. pensando en la cama y en una buena taza de coñac.

—Exactamente.

—Bueno, volvamos al centro. Dejemos este arroyo que apenas murmura, estos árboles que no se mueven y esta luna que no habla. También tendrán frío.

—¿Y usted?

—Lo siento muy poco. La capa de mi "colega" es admirable. ¡Si así fueran las comedias que escribe su dueño!

*

Al día siguiente, después de levantarme, fui en busca de Herrera.

—Se fué a Casupá — me informaron—. Un amigo lo invitó.

—¿Y los ensayos?

—Volverá dentro de tres o cuatro días. Tenía grandes deseos de estar en pleno campo.

Pensé que la actitud de Herrera no era halagadora para mi vanidad literaria. Debía haberse quedado a conocer mi obra.

No pude, sin embargo, dejar de reír al leer una esquela suya en la cual se disculpaba por no acompañarme en "el suceso" y me prestaba — mientras durara su ausencia — la famosa capa. "Conste que se la presto" — agregaba. Por buena que sea su obra, no le reconozco a usted el derecho de posesión que yo tengo sobre esa prenda.

A los pies de la cama en que había dormido Herrera, estaba, efectivamente, la capa. Pese a la ausencia de abrigo y al rigor del invierno, no me la puse.

No sé si por vanidad, por temor a un chiste sarcástico o a las murmuraciones de la compañía.

Acaso por todos esos motivos juntos.
Manuel BENAVENTE.

EL EXITO DE LAS RUBIAS

Hoy en día las rubias son las mujeres de gran éxito en la vida mundana. Las personas observadoras que han frecuentado los grandes centros sociales de Norte América, Europa y especialmente París nos confirman nuestra opinión.

La mujer francesa es en general trigueña como la uruguayana y sin embargo se observa un elevado porcentaje de mujeres con cabellos rubios. En nuestra sociedad esta moda se ha generalizado gracias a la facilidad con que se decolora el cabello. El método francés que es el que se usa aquí consiste en aplicarse durante 3 días la manzanilla "verum" que se encuentra preparada en todas las farmacias y de este modo el pelo toma uniformemente un color rubio dorado encantador. La manzanilla verum es económica y se emplea en casa como una simple loción.

NO ES CUENTO DE HADAS

ERASE una vez un compositor, director de orquesta y romántico alemán; los amantes de la música de todos los pueblos y naciones lo veneraban tanto durante su vida como después de su temprana muerte. Su obra abarcaba casi todas las ramas de la música siendo popular en el mejor sentido de la palabra y al mismo tiempo tan perfecta en su forma, tan propia en su idea que su influencia dentro del desarrollo de la música alemana se hace sentir y comprobar a través de las generaciones. De gran importancia en la historia de la música es también su obra reproductora. Fué él que ha hecho conocer de nuevo al público alemán sus maestros clásicos y preclásicos — fué él que supo mantener despierto el interés en la música de esos compositores, en la música histórica en general, y no fué más que natural el hecho de que la ciudad alemana, en la cual había fundado una de las orquestas sinfónicas más famosas y uno de los mejores conservatorios honró su memoria no solamente en toda clase de escritos, sino también con un monumento digno de él en su sencillez, erigido en frente del edificio, de la misma sala, que había albergado antaño la gloria más pura de este músico alemán.

Sobrevino el "GRAN CAMBIO" y el "TERCER REICH MILENARIO" — se "descubrió" el hecho conocido desde siempre y jamás disimulado de que este representante del romanticismo alemán, este "Preferido de Goethe" descendía de una familia judía, aún sin serlo él mismo. El resultado de este hecho no se discutió y se sacaron las consecuencias con la entereza típica de la "Nueva Ale-

mania": por lo pronto fué designada como "indeseable" la música del maestro y luego prohibida oficialmente. A ningún músico alemán que deseaba continuar a ejercer su profesión dentro de las fronteras alemanas le fué posible de tocar, dirigir o cantar una sola nota de este gran compositor dentro o fuera de su patria. La juventud interesada en la música apenas si llegaba a conocer su nombre y mucho menos sus obras; la parte de sus composiciones que se habían convertido en "lieder" populares fueron borradas de los libros escolares y colecciones de la especie. El monumento del compositor desapareció de la ciudad que él había ennoblecido con su obra. Cuando el que fué burgomaestro en aquella época, un fiel nacionalista, se atrevió en un arranque "liberal" de ofrecer a la colectividad judía de la ciudad de transportar el monumento del descendiente de su raza al cementerio hebreo para evitar su destrucción, ese hombre fué depuesto. Así sucedió que para el día 3 de febrero del año 1939, fecha del 130 aniversario del nacimiento del maestro, su nombre y su obra han desaparecido de todas las ciudades, salas de concierto, conservatorios, libros y colecciones de música en Alemania.

El nombre de la ciudad cuya vida musical floreció gracias al genio de aquel "Romántico" hoy prohibido, es LEIPZIG; el burgomaestro cuyo gesto de humanidad y generosidad tuvo consecuencias tan fatales para él se llama Dr. GOERDELER; el compositor del cual hablamos en estas líneas lleva el nombre del filósofo MENDELSSOHN.

Paul WALTER.

SOCIALES



Srta. ELSA TORRADO SCLAVI, que mañana contrae enlace con el Sr. SANTIAGO CAAMANO

HEBERT WALTER FRAGELLO COSTA

(Fotos de MARCHESE).



Enlace Srta. MARIA P. SERVENTICH Sr. ANTONIO FRAGA

SUSANA FRAGELLO COSTA

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

EMBOSCADA



APENAS TUVO TIEMPO TARZAN DE TREPARSE A UN ÁRBOL PARA ESCAPAR AL ATAQUE DE LOS LEONES.



SI EL NO HUBIERA SIDO TARZAN EL HOMBRE MONO, HUBIERA CORRIDO LA MISMA SUERTE.



SIN ATEMORIZARSE, SE INTERNO MAS EN LA SELVA, HASTA QUE LLEGO A OTRO MURO COMO EL PRIMERO.



QUE SIGNIFICABA ESTA DISPOSICION—DOS MUROS QUE CIRCUNDABAN A UN GRAN CONJUNTO DE ENORMES LEONES.



EVIDENTEMENTE ESTA ERA UNA BARRERA DE FIERAS DESTINADA A IMPEDIR EL PASO A INTRUSOS.



TARZAN ASCENDIO AL TOPE DEL MURO E INICIO EL DESCENSO POR EL OTRO LADO, PERO ABAJO.....



...UN FANTASTICO GUERRERO LO AVIZORO POR INTERMEDIO DE UNA PLACA DE BRILLANTE METAL QUE REFLEJABA



EL GUERRERO SORPRENDIDO, SALIO A TODO CORRER A AVISAR A LOS GUARDIAS.



INFORMO A SU CAPITAN QUE UN SER RARO SE HABIA PUESTO A LA VISTA.



LOS GUARDIAS SE PUSIERON LAS CARETAS PARA PARECER MAS FEROCES Y EMPUNARON SUS ESPADONES.



Y SEGUN TARZAN DESCENDIA, ESTOS OCULTOS, LO ESPERABAN PARA SALTAR SOBRE EL.



JUQUETES

18 DE JULIO 922

U. T. E. 85 0 18.

¡INTERESANTE!

UN NUEVO MICROFONO PARA ADAPTAR A LA RADIO CON INFINIDAD DE APLICACIONES.

LOS REYES MAGOS DIAZ MARIN y Cía.

18 DE JULIO 922



Para fiestas, cines, teatros, oficinas, talleres, banquetes, colegios.

\$ 5.95

EJERCICIO N° 12

Para corregir los hombros unidos.

Si es usted cargada de hombros ensaye este ejercicio. Párese rectamente. Los brazos extendidos hacia adelante, la espalda recta, los hombros separados. Lleve los brazos hacia atrás y trágalos hacia adelante lo más rápidamente posible. Levante la cabeza mientras sus brazos están hacia atrás. Vuelva los brazos a su anterior posición y repita el ejercicio hasta cansarse.

Un menú para aumentar de Peso.

DESAYUNO.

Una naranja, 100 calorías; Las tres cuartas partes de una taza de avena, 100 calorías; Dos cucharadas de azúcar, 100 calorías; Media taza de crema, 200 calorías; Una tostada con manteca, 200 calorías; Café con azúcar y crema, 100 calorías; Cuatro lonjas de tocino, 100 calorías.

ALMUERZO.

Sopa de crema de tomate, 200 calorías; Seis canapés, 300 calorías.

A LA HORA DEL TE.

Una taza de chocolate, 300 calorías; Una tajada de carne asada, 200 calorías; Un plato de habas aderezado con salsa, 200 calorías; Media porción de aspic de tomate, 150 calorías; Una papa, 100 calorías; 30 gramos de manteca, 200 calorías; Budín de pan, 200 calorías.

Antes de acostarse una taza de leche con tres bizcochos de graham, 200 calorías.

EJERCICIO N° 13

Párese rectamente. Coloque la punta de sus dedos en la base de la nuca, las palmas de las manos hacia adelante. Mientras está en esta posición ejecute amplios círculos con los codos, primero hacia abajo, luego hacia arriba, después hacia un costado y luego al otro. Mantenga su cabeza firme al hacer este ejercicio. Comience esto cinco veces cada mañana y aumente paulatinamente hasta llegar a veinte.

PARA CONSERVAR LA SILUETA JUVENIL

POR JOSEPHINE LOWMAN

Continúe contando las calorías de su menú y no descuide sus ejercicios. El resultado que obtendrá será satisfactorio.

DESAYUNO.

Media copa de jugo de naranjas, 100 calorías; Una taza de cereales con leche y 2 cucharaditas de azúcar, 200 calorías.

ALMUERZO.

Una porción de repollo, 50 calorías; Tres ciruelas con dos cucharadas de almíbar, 100 calorías; Cinco cucharadas de queso ricotta, 100 calorías; Una copa de leche, 100 calorías.

CENA.

Dos huevos escalfados, 200 calorías; Una pequeña cabeza de coliflor, 100 calorías; Una porción de chauchas, 50 calorías; 15 gramos de manteca, 150 calorías.

ALMUERZO.

Tallarines con queso, 200 calorías; Una taza de leche, 100 calorías; Una porción de ensalada de coles, 100 calorías.

A LA HORA DEL TE.

Una taza de leche, 100 calorías.

CENA.

Una porción bien amplia de pollo u otra ave, 200 calorías; Tres cucharadas soperas de jugo de carne, 300 calorías; Media porción de relleno, 100 calorías; Una cabeza de coliflor con salsa blanca, 200 calorías; Una taza de espinacas, 50 calorías; Una taza de gelatina, 200 calorías; Cuatro almendrados, 200 calorías.

EJERCICIO N° 14

Para corregir la posición de los omóplatos, con la ayuda de alguien si no lo puede usted hacerlo sola.

Si este ejercicio le resulta un poco difícil para hacerlo usted, sola, puede llamar a alguna amiga en su auxilio. He aquí el modo en que debe colocarse para ayudarla.

Siéntese en un banco, colocándose en la posición que indica el grabado. La persona debe colocar atrás suyo colocando la rodilla entre los omóplatos. Tomará con cada mano sus codos y mientras hace presión con la rodilla los hará girar, mientras usted permanece inmóvil.

Las que desean perder peso no deberán leer esta sección por unos días pues está dedicada a las personas que quieren engordar. Para subir de peso es necesario comer de 2.700 a 3.600 calorías diarias. He aquí un menú que le convendrá si usted se encuentra en esas condiciones.

DESAYUNO.

Cuatro ciruelas hervidas, 200 calorías; Una taza de avena, 130 calorías; Una taza de crema, 200 calorías; 4 terrones de azúcar, 200 calorías; Un huevo pasado por agua, 100 calorías; 1 tostada, 100 calorías; Manteca en la tostada y en el huevo, 150 calorías.

Sopa de hongos, 200 calorías; Un rollete o panecillo, 100 calorías; Manteca, 100 calorías; Una cucharadita de jalea, 100 calorías; Una copa de leche cremosa, 100 calorías.

CENA.

Una gran tajada de asado, 200 calorías; Tres cucharadas de sopa de jugo de carne, 300 calorías; Una taza de chauchas, 50 calorías; Puré de zanahorias, 150 calorías; 2 panecillos, 100 calorías; Manteca, 100 calorías; Una gran tajada de torta o postre, 200 calorías.

LECCION DE BELLEZA



La belleza de un rostro no se obtiene con cosméticos; éstos cubren los defectos momentáneamente. Un suave masaje de un minuto con glicerina de almendra aportará al cutis los elementos nutritivos necesarios. Hágalo con devoción todos los días; pasará el tiempo y sus inclemencias y fresca.

Casa Soler

GENEROS de LANA y PAÑOS PARA ABRIGOS de MEDIA ESTACION

Generos de lana para vestidos

FELKA	tejido de lana rayado- ancho 0.80	\$ 0.90
GENERO	de lana bordado- ancho 0.80	\$ 0.90
GENERO	de lana- variedad labrados- ancho 0.80	\$ 1.10
SELAINÉ	tejido de lana y seda- ancho 0.80	\$ 1.20
GENERO	de lana escocés- gran variedad- ancho 0.80	\$ 1.20
LAVALLAINÉ	de lana labrado - ancho 0.80	\$ 2.00
GENERO	de lana labrado y boutoné ancho 1.45	\$ 2.20
CREPELA	de LANA — ancho 1.40	\$ 2.80
CREP MOUSE	de lana — ancho 1.30	\$ 3.00
GRANIZA	tejido acresponado - ancho 1.30	\$ 3.20
ESCOCES	de lana- variedad de gustos- ancho 1.30	\$ 3.50
	de CASIMIRES RAYADOS y LISOS PARA TRAJES SASTRE	\$ 3.80

CLIENTES del
INTERIOR
SOLICITEN
MUESTRAS de
TEJIDOS
POR CORREO

Paños para Abrigos

KASHA	de LANA ancho 1.40	\$ 1.50
PAÑO LABRADO	ancho 1.40	\$ 2.00
PAÑO LABRADO	GRAN VARIEDAD DE COLORES. ancho 1.40	\$ 2.20
PAÑO COTELE	— ancho 1.40	\$ 2.50
PAÑO ESTILO INGLES	ancho 1.40	\$ 2.80
PAÑO de LANA	peinada — ancho 1.40	\$ 3.50
PAÑO ASTRAKANADO	ancho 1.40	\$ 3.60
DUVETINE BROCHE	ancho 1.40	\$ 4.20

EN NUESTRAS
TRES CASAS

"PUBLICIDAD"

CASA-MATRIZ Av. AGRACIADA 2302 Esq. M. SOSA	SUC. GOES Av. Gm. FLORES 2341 Esq. M. BERTHELOT	SUC. CORDON Av. 18 de JULIO 1601 Esq. PIEDAD
--	--	---